

San Pedro de Roda y el Montsalvat

por Ana Nadal de Sanjuán

En uno de los lugares más bellos de nuestra Costa Brava, en el Alto Ampurdán, yerguen sus gloriosas ruinas dos antiquísimos edificios que llenan de encanto y atrayente poesía el pintoresco paisaje del bello pueblecito marinero de Puerto de la Selva. Son monumentos nacionales de muy positivo valor, tanto por su arquitectura, como por su historia de siglos. Me refiero al severo castillo de San Salvador, enclavado en la cúspide del monte Verdera, casi junto al cual destaca su imponente silueta el famoso monasterio de San Pedro de Rhoda, Rodas o Roda simplemente, como de algún tiempo acá se le viene denominando.

Enmarcados uno y otro por una naturaleza magnífica y salvaje es, realmente raro, como dijo el insigne y malogrado doctor don Antonio Bosch Ucelay, no haber atinado a situar el desarrollo de la ópera «Parsifal» en tan estupendo lugar; único que reúne las condiciones por Wagner señaladas. Y por creerlo también así, es por lo que me inclino a situar en la comarca y montaña de los antedichos castillo y cenobio, la acción de las leyendas; tanto más, cuanto constituye el más fiel y adecuado marco para el sublime Montsalvat, descrito por el vencedor Lohengrin.



Las piedras de S. Pedro de Roda que soportaron el olvido de un siglo y la depredación ignominiosa

EL CABALLERO DEL CISNE

El caballero del Santo Grial o del Cisne, Lohengrin, se ve obligado a revelar públicamente —por la desconfianza de su esposa—, la princesa Elsa, el secreto de su nombre y de su stirpe, que le privará de la benéfica influencia del Santo Grial. Solemnemente manifiesta que es hijo de Parsifal, jefe de los caballeros del Santo Grial que, retirados en un lejano país, guardan oculto en un monte de solitarios y secretos caminos, uno de los mayores tesoros de la tierra: un cáliz de tan portentosa virtud que, quien le mira queda limpio de pecado. Es el Santo Grial, custodiado por los caballeros de esa Orden, de la que él forma parte en el Montsalvat, que tanta analogía tiene con el monte de San Salvador o Monte de Salvación y en el cual moraron los caballeros y monjes guerreros, fieles custodios de sacrosantas reliquias.

Ahora bien, descubierto por el mismo Lohengrin el misterio que le envolvía, contribuyó más tarde a esclarecerlo el tema de «Parsifal» estrenado por vez primera en España con gran pompa, en el Gran Teatro Liceo barcelonés, el 31 de diciembre de 1913: fecha en que venció el plazo de treinta años de su estreno, en Alemania, cuya exclusiva reservó para todo ese tiempo. El éxito clamoroso que obtuvo entusiasmó a nuestros eruditos que, sin pérdida de tiempo, buscaron la identificación del Montsalvat, evocador de la España visigoda, con las montañas y monasterios más semejantes con lo revelado

por el Caballero del Cisne. La presunta identificación constituyó una verdadera rivalidad entre las fronteras heroicas de las marcas hispánicas, semejando ganar la primacía San Juan de la Peña y, últimamente, Montserrat.

Mas, consultando innúmeros libros y documentos de muy diversos autores, saqué la conclusión, ya que la crítica histórica no formula dictamen de que el castillo de San Salvador y el monasterio de San Pedro de Roda, de la provincia de Gerona, encuadran perfectamente con la acción wagneriana siendo, en consecuencia, los fundamentos más adecuados en que podría reposar la tradición del castillo y templo del Santo Grial. Uno y otro reúnen cuanto cita Wagner en sus dos maravillosos dramas simbólicos de la redención humana. Es más, todavía subsisten recuerdos y ruinas de los castillos del bien y del mal, la cueva, lagunas, la ciudad que hubo y otros lugares a propósito para ser escenario de esas dos grandes óperas, cuyo desarrollo reclama su localización, es decir, su verdadero Montsalvat, estuche y custodio del Santo Grial. Cáliz del que el gran tenor Francisco Viñas, tras haber recorrido Beyruth, Munich, Berlín y Génova en donde admiró también el famoso cáliz llamado Sacro Catino, dijo: «Por lo que he podido comprobar, el único Cáliz de Vida en que Cristo bebió en su última Cena y que inspiró a Wagner sus inmortales «Lohengrin» y «Parsifal» están en la ciudad de Valencia.»

Tal opina también, entre otros eminentes hombres de letras, nuestro querido amigo, el genial charlista Federico García Sanchiz.

LA LEYENDA SALIO DE ESPAÑA

A Wagner, cual trovador del medievo, le complació recoger de la voz popular los sucesos más culminantes de los pueblos en cuyos se preparaban por medio de poéticos romances o leyendas, hechos desconocidos a causa de la escasez de libros y papel en que vivían. Así el tema de «Lohengrin» lo recogió en París de un poeta español, en el año 1841, y tanto le fascinó el heroico caballero del Santo Grial o del Cisne, que concibió la antedicha magnífica obra teatral. Dió cima a ella en el año 1847, no estrenándose hasta el 1881.

Para su «Parsifal» sirvióse del poema medieval del célebre poeta Wolfram von Eschenbach, compatriota suyo, que habiendo peregrinado por tierras de España hasta Santiago de Compostela, oyó en nuestra patria la hermosa leyenda del Santo Grial, guardado con reverente unción por monjes guerreros en un castillo y cenobio ocultos por espesa selva. Entusiasmado Wagner indagó los itinerarios del histórico Cáliz, poniendo además sus ojos en la santa lanza de Longinos. Había sentido en su alma el ideal supremo, que le llevó a realizar con fuerza volcánica la glorificación de la Eucaristía. Obra colosal empezada en el año 1877 y estrenada en Beyruthen el 1882.

Así de tan peregrino modo salió de España la leyenda, y por obra y gracia de la sublime inspiración de Wagner retornó con más bella, armónica y prodigiosa luz a nuestra patria.

CAMINOS DEL SANTO GRIAL

Según el poema wagneriano, el Santo Grial fué bajado por los ángeles a la tierra, sobre la que anualmente descendía un palomo de las regiones celestes para renovar en él su precioso don. Históricamente consta, que San Pedro lo llevó a Roma después de la Asunción de la Virgen y que Sixto II, antes de ser preso y martirizado por Valeriano, lo entregó a San Lorenzo, quién a su vez lo mandó a España, venerándose en Huesca hasta la invasión sarracena. El obispo Audeberto, en el año 711, lo escondió en el monte Pano, no volviendo a saberse más del Santo Grial hasta el siglo XII, en que reapareció en San Juan de la Peña. En el siglo XIV lo adquirió el rey don Martín el Humano, a raíz de su coronación, para su capilla zaragozana, según consta en la escritura que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón. Después su sucesor, Alfonso V lo donó a la metropolitana de Valencia, lugar donde en la actualidad se guarda.

En cuanto a la Sangre del Redentor, que es creencia recogió José de Arimatea en el Cáliz de la Cena, el Papa Bonifacio IV, ante el peligro de invasión de Roma por los ejércitos del rey Focas, que gobernaba el Oriente, convocó un Concilio en el que resolvieron ponerla a salvo, así como también las sagradas reliquias de San Pedro Apóstol y de otros compañeros mártires, confiándole todo junto con la preciosa Sangre de nuestro Salvador y una gruesa astilla de la Cruz, a unos nobles guerreros. Los inapreciables tesoros fueron conducidos procesionalmente hasta una nave anclada en la orillas del Tíber, la

cual zarpó rumbo al Mediterráneo, en dirección a Francia y de allí a la costa norte de Cataluña, gracias a un viento favorable y prodigioso. Detúvose en Armén-Rodas, donde seis caballeros de la Tabla Redonda, según algunos autores, desembarcaron con las preciadas reliquias, siendo los principales Epicini, Pons y Feliu.

Prendados de nuestro suelo, que reputaron de muy delicioso y seguro, subieron por la montaña de Rodas hasta el término de Verdera, en donde hallaron la fuente de agua fría y cristalina y, no lejos, la profunda cueva de San Sergio con un altar, en cuyo



Perspectiva que presenta uno de los monumentos señeros de nuestra provincia

Sagrario depositaron la divina Sangre y en la gruta las demás reliquias. Sobre esa cueva se edificó más tarde, según dicen, el Santuario de San Pedro de Roda, en cuyo altar figuraron las reliquias de ese gran apóstol. Para protegerlo se levantó un castillo en la cima del monte, al que se dió el nombre del Salvador, por las reliquias que del divino Maestro se guardaron. También a la ciudad de La Vall, que no es el pueblecito de hoy, se le añadió el título: «de Santa Cruz de Rhoda.»

En cuanto al castillo de Kundry, la dama de la que el mago se valió para perder al rey Amfortas y arrebatarle su lanza sagrada, siendo continua tentación de los caballeros del Santo Grial, ¿no podría ser la misma hermosa y disoluta dama del castillo de Carmanso, que algunos escriben Crumsar, empeñada en seducir a los nobles caballeros de la Tabla Redonda?... De este castillo se apoderaron los franceses el 20 de junio de 1285. Además, debajo del castillo de San Salvador, hubo el de la «Piña Negra». ¿Sería el del maldito Klingsor...?

Poderosísimo fué el monasterio de San Pedro de Roda, levantado sobre las ruinas de un viejo santuario, que algunos cronistas aseguran existía ya en tiempo de los godos, lo que no se ha podido comprobar, si bien es cierto que el abad Oliva, en el año 1022, a la consagración del «nuevo» templo de San Pedro de Roda. Importa señalar, además, que no faltaron en los dominios del santuario lagunas y estanques, hoy completamente secos, que bien pudieron ser donde Parsifal, ignorante de que en los dominios del Santo Cáliz estaba prohibida la caza, mató al cisne. Tampoco falta la gruta en que Gurnemanz vivió, ni el precipicio simbólico del pecado, ni las selvas que ocultaban el cenobio, ni la ciudad de Montsalvat, ni el lugar desierto que Klingsor convirtió en jardín de placeres.

Como puede verse, el parangón no tiene rival con ese monte del Pirineo ampurdanés. Claro que tal vez «Lohengrin» y «Parsifal» se reducen a meras leyendas pero, ¿quién puede asegurarlo? No olvidemos que Wagner recogió el argumento del pueblo que, a su vez, lo aprendió de los trovadores los cuales solían basar sus cantos en sucesos más o menos verídicos. De ser así, ningún paraje como el de San Salvador ofrecería más similitud, por concurrir en él todas las circunstancias de las leyendas wagnerianas. Sus moradas del vicio y de la virtud, sus selvas y lagunas, amén de sus monjes guerreros, que en la Edad Media estuvieron por menudo en pugna con reyes y nobles, disidentes de la santa doctrina. De ahí que la Iglesia les concediera sendos privilegios, pudiéndose ganar grandes jubileos de perdón como en el Viernes Santo de «Parsifal». Mas el apego a lo terreno destruyó la creencia del ideal celeste, como en el «Lohengrin» y el «Parsifal» el descreimiento disipó el prodigio.

Ni héroes, ni cruzados, ni Kundrys arrepentidas, ni Amfortas contritos intentan ya subir las sendas del Montsalvat. La Sangre del Salvador y la santa Lanza con que Longinos abrió el divino costado, están custodiadas en Roma, donde lucha para orientar a la humanidad Pío XII, el representante de Cristo: único vidente que sufre por la herida de Amfortas, es decir, por la del desdichado mundo actual tan atosigado de amenazas y martirios, de los que sólo la santa Lanza simbólica de la gracia del Salvador lo podría liberrar.